e
843
d
PQ 2378
.O3
D488
1907

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Ginés Carrión, impresor, Verónica, 13 y 15.

Deuda de odio

PRIMERA PARTE

I

Una brumosa y fría mañana de Diciembre, se hallaban reunidos, hablando y riendo, delante de un hermoso fuego, en el salón de una alegre quinta situada en el camino de la Seyne, siete hombres, el mayor de los cuales no pasaba de cuarenta años. Acababan de abandonar una mesa de juego, en la que las cartas y las fichas esperaban la continuación de la partida. Al dar las doce, el dueño de la casa, médico mayor de marina, dejando por un instante solos á sus huéspedes, fué á ver cómo andaba el almuerzo. El sol mostrábase tímidamente afuera, y en el aire voltijeaban los copos de nieve impulsados por un fuerte mistral que doblaba las flexibles ramas de los tamarindos, silbaba en las mimosas y los olivos, y ponía en dolorosa tensión los nervios de los habitantes de la Provenza. Un joven, que vestía el uniforme de teniente de navío, golpeaba maquinalmente con los dedos en los cristales mirando hacia el jardín.

—Y bien, Listel, ¿qué miráis?—preguntó uno de los que fumaban, arrojando al fuego su cigarrillo apagado.

—Nada absolutamente, querido amigo.

—Entonces ¿en qué pensáis?

—Absolutamente en nada.

—Ese es el principio de la dicha. Yo, tengo hambre.

—Pues vais á quedar satisfecho, porque Houchard ha ido á dar un vistazo á las hornillas y á comunicar las últimas órdenes á su ama de llaves.

—Parece que es hoy cuando se prueba la famosa sopa de cangrejos y de rodaballos.

—Roubion tiene que conformarse.

—Ya sabéis que pretende que esa sopa no está buena más que con salmonetes y langostinos.

—¡No sabe lo que se dice!—exclamó un hombre grueso, que entró al mismo tiempo que un fuerte olor de cocina.

—Houchard, me recuerdas á los dioses mitológicos, que se presentaban envueltos en un perfume de ambrosía..... Hueles á trufas..... amigo mío, ¡buen augurio!

—¡Las tendréis y con vino de Champagne! Pero volviendo á las teorías de Roubion.....

—No hablemos de eso..... Estamos seguros de tu victoria. En tu casa no puede haber inferior nada culinario. Has nacido cocinero. Si tu familia no te hubiera destinado á cuidar de la salud de las gentes, tu vocación te habría llevado á destruirla á fuerza de platos suculentos.

—Si, sí, bromea. Yo tomaré mi desquite enseguida con cierto pollo á la provenzal y un arroz.....

—Cállate, ó no tendré fuerzas para esperar un segundo más.

—Sin embargo, hay que tener paciencia todavía por un cuarto de hora..... Por lo demás, aún no han llegado todos los nuestros.

—¡Vaya un tiempo perro!—dijo uno de los convidados que había reemplazado al teniente Listel en la ventana. Se pone completamente de nieve.

El cielo se había llenado de sombras de pronto, y los copos, más espesos, caían pesadamente en el aire helado. El jardín, en unos cuantos minutos, se puso todo blanco, y por fuera extendíase un silencio ahogado.

—¡Y hay enfermos que vienen expresamente de París para tiritar aquí!

—¡Esto es una sucursal del Polo Norte!

Abrióse la puerta del salón, y se interrumpieron las conversaciones.

En el dintel, sujetando las hojas, como para impedir que se viese la antecámara, mostrábase un buen mozo de unos treinta años, de rostro encuadrado en rubias patillas, de ojos grises y boca riente, y cuyo elegante traje dejaba descubrir, por infinitos detalles, al militar vestido de paisano.

—¡Calle! Es Burel..... Vamos, pesado, te has hecho esperar.

—Tengo una excusa..... Adivinad á quién os traigo.

—Si es el buen tiempo, que sea bienvenido.

—¡Es algo mejor! Porque el buen tiempo volverá cualquier día. El cielo de Provenza no está sombrío mucho tiempo. Y el amigo que tengo aquí, no estábais muy seguros de volver á verlo.

—¿Quién es? No nos hagas esperar, dijo el teniente con tranquila indiferencia.

—¡Mirad!

El recién llegado abrió del todo la puerta, y, apartándose, hizo pasar antes que él á un hombre de mediana estatura, vestido con su capote de ordenanza, curtido el rostro por los vientos y enfla-

quecido por las fatigas. En un instante cambió la escena. El doctor se levantó de su sillón, todos se levantaron, y de todas las bocas salió con regocijado asombro este nombre:

—¡Ploerné!

—Sí, queridos amigos, Ploerné, á quien acabo de agarrar, hace un momento, en la puerta de la prefectura marítima, y que os traigo á almorzar, si lo queréis como convidado.

—¡Vaya una duda!

—¿Y de dónde llegáis, querido amigo?

—¿Cuánto tiempo hace que estás en Tolón?

—¿Vuelves para quedarte?

—¿Cómo estás de salud?

Todas estas preguntas cayeron sobre el joven, que seguía en medio del salón, un poco aturdido, sonriendo con dulce expresión, sin pensar en despojarse de su pesado abrigo. Pero sus amigos acudieron apresuradamente y, mientras que él contestaba con calma, le quitaban su kepis, su capote, su sable, y lo dejaban junto á la chimenea, de gala, como había tenido que vestirse para presentarse á su jefe, mirándolos á todos con ojos enternecidos.

—Sí, estoy bueno, aunque vengo de allá con una licencia para convalecer. Estoy en Tolón desde esta mañana, desembarcado del *Provenza*, vapor de las mensajerías Orientales que llega directamente de Shang-Haï. Y vuelvo para quedarme.

—¿Y has dejado á los compañeros bien?

—No muy bien. El servicio es duro y la campaña mala. Hemos perdido mucha gente.

—¿Estábais con Marchand?

—Sí; ha muerto del cólera en Formosa.

—¿Y Briqueville?

—Lo han matado en Fou-Tcheou.

—¿Y Darner?

—Murió del tifus en Hanoi.

—¿Y Serrurier y Bonet?

—¡Muertos!

Reinó el silencio. Ninguno se atrevía á preguntar más á aquel aparecido del país de los duelos. Parecía que la fúnebre palabra «muerto,» debía seguir á cada nombre pronunciado. Todos aquellos valientes, habituados sin embargo al peligro, agrupados alrededor de Ploerné, lo miraban con espantada curiosidad.

—¡Eh, querido! ¡Pero vuelves con los cuatro galones!—exclamó el teniente Listel.

—Sí—dijo Ploerné. Y bajando la voz, como si temiese herir á aquellos de sus camaradas á quienes acababa de aventajar en grado, añadió:—A consecuencia de mis heridas fuí propuesto por el almirante, y nombrado.

A estas palabras: «el almirante,» reinó un grave silencio, y todas las frentes se llenaron de sombras.

—¿Estabas con él, Ploerné?

—Sí, como ayudante de órdenes, en reemplazo de Desvarennes.

—¿Estabas presente cuando murió?

—Sí, me había restablecido de mi herida y había vuelto á bordo. Murió en mis brazos.

—¿Verdad que lo que ha hecho con la escuadra ha sido admirable?

—Sí, señores. Era un jefe de primer orden. Todo el mundo tenía en él una confianza inquebrantable. Si hubiera dicho á los hombres: «Vamos á tomar el cielo al abordaje,» habrían contestado: «Andando.» Y habrían ido. Con él nada había imposible, sabía querer vencer. La marina ha sufrido en él una pérdida inestimable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Y tú has perdido un buen protector.

—¡Ah! señores, para mí todo el daño material es bien poca cosa comparado con el daño moral; aquel hombre excelente hará más falta á mi afecto que á mi ambición, porque dejo el servicio..... Si os he dicho hace un momento que volvía para quedarme, es porque presento mi dimisión.

—¡Cómo! ¡Pero estás loco! ¿A los treinta y dos años, con tu grado y tu hoja de servicios?..... Tendrás las estrellas á los cuarenta y cinco años..... ¿Y renuncias á ese porvenir?

—Sí, amigos míos—dijo Ploerné, con su dulce firmeza;—renuncio á todo lo que la vida me prometía de más glorioso..... Y el sacrificio que hago me es fácil, porque en cambio tengo la dicha asegurada.

—¡Ah, querido! ¿Con que vas á casarte? Sólo por una mujer abandona la mar un marino como tú..... Si estás enamorado haces bien..... Nuestra carrera es exigente, es preciso consagrarse á ella por completo, y el marino que en una tormenta ó enfrente del enemigo tiene otra preocupación, otro cuidado que la salvación del barco que dirige ó de la tripulación que manda, siente vacilar su espíritu y temblar su alma. Nuestro corazón debe latir en las entrañas mismas de nuestra nave, ó somos malos jefes. Haces bien, Ploerné, al no querer dividirte entre dos amantes. Pero es preciso que la mujer á quien das tu cariño sea muy hermosa, porque tú amas la mar.

—Sí, es muy hermosa y vale la renuncia que hago por ella. Cuando la conozcáis opinaréis que, con estos aires de sacrificarme, doy poco para recibir mucho.

—Todo eso está muy bien: estás contento de tu suerte, cosa bastante rara para que no se la admire.

—Pero, queridos amigos—dijo el doctor—me parece que con el entusiasmo de este dichoso encuentro, olvidamos el objeto de esta reunión, que es el de almorzar.

—¡Ah! He aquí el materialismo de estos médicos. Cuando somos todo corazón, venir á recordarnos nuestro estómago.

—Al grano, que son las doce y media..... ¿A quién se espera todavía?

—Al marqués de Girani.

—Se habrá distraído en Monte-Carlo, y no volvería ayer.

—Vamos á la mesa..... Si ha de venir, esto le hará llegar.

Houchard llamó, y al criado que acudió le dijo:

—Servid.

Los convidados se dirigieron al comedor en un amigable desorden. Su huésped era un fino *gourmet*. Era fácil adivinarlo sólo con ver el arreglo de la mesa. Delante de cada cubierto extendíase una colección de copas de todos los tamaños y de todas las formas, desde la pequeña para el *chateaux-yquen*, hasta la larga y estrecha para el *champagne*, pasando por la mediana para el Borgoña, y la de color amarillo para el vino del Rhin. El mantel, aunque era invierno, estaba cubierto de flores. ¿Pero es que las flores no crecen bajo la nieve en aquel afortunado país de Provenza? Hermosos cangrejos en pirámide hacían *pendant* á un formidable pastel de *foiesgras*. Y el *cavial* alternaba con los rosados langostinos.

El sol, asomando por entre dos nubes, dejaba caer un rayo sobre la cristalería y la vajilla, dán-

doles un alegre brillo. Todo estaba cuidado, todo era agradable y tentador, hecho para el placer de los ojos y el regalo de los labios.

—Vamos, señores, sentaos—dijo el anfitrión con imponente solemnidad—abramos la sesión, y al diablo los retrasados.

—No los hay—respondió una voz sonora.

Y un hombre joven, elegante y vivo, entró riendo en el comedor.

—¡Ah! Girani, ¡ya estáis aquí! ¡Sea enhorabuena! Estrechad la mano á estos señores y sentaos. Demasiadas ceremonias nos retrasarían. Os presento solamente á nuestro camarada el señor de Ploerné. Querido amigo, el marqués de Girani. Y basta de ceremonias..... Entreguémonos por completo al almuerzo.

El recién venido se había inclinado graciosamente y habíase sentado entre el doctor y el teniente Listel. Ploerné, sentado al otro extremo de la mesa, miraba al italiano con curiosidad. Era el único de los convidados á quien no conocía. Era el único paisano entre todos los militares reunidos en el comedor. Era el único extranjero entre aquellos franceses. A primera vista, la presencia del joven disgustó al comandante, y encontró anormal la familiaridad tan estrecha de sus amigos con el marqués. Este, aunque en dos ocasiones encontró fijos en él los ojos de Ploerné, no parecía dar la menor importancia á la inspección que sufría. Muy desahogado, muy alegre, muy familiar, agradable y complaciente convidado, comía con buen humor y reía, con una encantadora facilidad, de lo que decían sus compañeros y de lo que él mismo decía. Era un guapo mozo, de tez aceitunada, de ojos oscuros, muy lánguidos para rostro de hombre, de bigotes rizados y de blancos dientes. Su atrevida frente, coronada de negros cabellos crespos, hacía más visible lo que había de algo afeminado en su fisonomía. Hablaba sin acento, pero con esa volubilidad y ese gangueo particulares de los napolitanos, que dan á la voz una sonoridad chillona. Sin embargo, á pesar de su charla insustancial, parecía estar sobre sí, y si respondía con abundancia cuando se dirigían á él, no hacía por dirigir la conversación.

Después de observarlo físicamente, Ploerné quiso tener algunos informes sobre la posición social que ocupaba. Inclinóse hacia su vecino, aquel buen mozo rubio que lo había llevado, y le dijo:

—¿Qué es este italiano?

—Pues el marqués de Girani.

—Eso no me dice nada; el marqués de Girani... ¿De dónde viene? ¿Qué hace? ¿Cómo lo conocéis?

—¡Vaya una curiosidad! ¿Lo tomas por un espía?

—¡Quién sabe!—dijo gravemente el comandante.—Desde la guerra, ¿no está infestada de ellos la Francia?

—Querido amigo, este es un buen vividor para pensar en otra cosa que en divertirse. Ama demasiado las mujeres, el juego y la buena mesa para alimentar negros designios. Las almas profundas no tienen ese ardor de alegría. Los conspiradores no están siempre de diversión. ¿Dónde diablos alojaría en su cerebro una idea seria? No piensa más que en reir.

En efecto, el italiano, como para confirmar la opinión emitida sobre él, reía en aquel momento con la risa fresca y ruidosa de un niño.

—¿Y hace mucho que tú y tus camaradas estáis en relaciones con él?

—Desde el principio del invierno. Lo hemos encontrado en Mónaco, mientras que estábamos anclados en Villafranca. Listel, que se había dejado desplumar como un monigote en el treinta y cuarenta, pero desplumar hasta el último céntimo, no sabía cómo volver abordo, cuando el marqués de Girani, que había jugado en la misma mesa que él, adivinando su embarazo, se puso graciosamente á su disposición. Volvía en carruaje á Niza, y trajo de paso á nuestro camarada. Listel fué á darle las gracias y Girani le devolvió su visita. En una palabra, es un buen muchacho, y nos hemos hecho amigos suyos. A decir verdad, no puede pasarse ahora sin nosotros; es de todas nuestras partidas.

—Sois muy confiados en la escuadra—dijo con ironía Ploerné.

—Y en China, sois muy desconfiados.

—Es conveniente.

—¡Pero aquí, en plena paz!

—¡Qué demonio! En plena paz es como se prepara la guerra. Con los Girani, ayudados por la leal honradez y la hospitalidad ciegas de algunos oficiales del ejército de tierra ó de la marina, es como la Italia puede poseer los planos de nuestras defensas de los Alpes y el inventario de los cañones de nuestra escuadra.

—¡Tonto! ¡Como si fuera difícil conocer el número de nuestros cañones! Basta con pasearse por el puerto para saberlo.

—Sí, pero lo que no se sabe más que en vuestra compañía, son nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestros proyectos, nuestros planes. Sois discretos, lo sé bien. No decís nada. Sin embargo, un día se os escapa una palabra que no tiene significación en sí misma, pero que, relacionada con

otra escapada la víspera, se aclara. Y de palabra en palabra, de día en día, un tunante, indiferente en apariencia, muy avisado en realidad, tal como ese Girani, sabe tanto como nosotros sobre la movilización de la escuadra y sobre la designación de sus comandantes. Y todo esto se hace en medio de las partidas de juego, de las copas de *champagne* y de las correrías con mujerzuelas.

—¡Demonio!

—Ahora te digo esto—añadió Ploerné al ver á su amigo un poco confuso—pero nada prueba que haya algo fundado en mi suposición. Vuestro amigo será un perfecto caballero que, como tú crees, no piensa más que en reir, en amar y en beber. Pero también podría ser otra cosa, sin que lo sospecháraís. Y esto no depende más que de él. ¡Bah! hablemos de otra cosa. Nosotros los tonkineses, como nos llamáis, lo vemos todo muy negro. ¡Hemos sufrido tanto!

La comida había llegado al punto en que el hambre, ya amortiguada, permite al *dilettantismo* gastronómico ejercitarse con discernimiento. El doctor Houchard quiso dar algún respiro á sus convidados y para procurar algún entreacto saludable, dijo dirigiéndose á Ploerné:

—De modo, querido amigo, que es tan rudo el servicio en aquellos mares de China durante la mala estación..... Y los barcos ¿qué tal se portan?

—De la mejor manera posible—respondió el joven. Ya sabéis que según lo que vale el comandante, así vale la nave. Nuestros viejos barcos se han portado como acorazados completamente nuevos. Pero acabada la campaña, todo eso no servirá más que como hierro viejo. El bloqueo de Formosa ha sido terrible. Durante días y días he-

mos estado cruzando con tiempos que no permitían salir afuera un chino. Y surcábamos la mar sin otra esperanza que volver á comenzar al día siguiente la dura faena que habíamos hecho la víspera, sin un momento de reposo para la gente, sin un descanso en tierra. Siempre sobre las olas y bajo el cielo; con aquella pícara costa en el horizonte, y alrededor huracanes, tifones, golpes de mar que hacían temer que la madera y el hierro se hicieran una tortilla..... Y la disentería á bordo: decíase que era la disentería; pero, aquí para entre nosotros, era el cólera. Todas las semanas desaparecían algunos de nuestros bravos marinos, y cuando no se podía tocar en tierra porque el tiempo era muy malo, se les decía una misa en el puente, después se arrojaba el pobre cuerpo por una porta, y allí desaparecía en las profundidades de la mar tormentosa, que arrullaba lo mismo el sueño de los muertos, que la vigilia de los vivos. De este modo hemos visto partir muchos, y en el mar y en la tierra hemos sembrado bastantes huesos. Otros reemplazaban á los desaparecidos. Dichosos los que, siendo pobres, caen heridos por el enemigo, porque las viudas de los que sucumben estenuados por las fatigas y minados por la enfermedad no cobran la pensión entera..... Sí, amigos míos, entre el que muere del cólera ó del tifus á millares de leguas de la madre patria, y el que cae herido por una bala ó un casco de metralla, las oficinas establecen diferencia. La piel del uno no vale lo que la del otro. Y entre bravos que han sido iguales ante el peligro, los reglamentos crean la desigualdad de la muerte.

—¡Ah, querido amigo! Si quieres reformar, trabajo te mando. Estamos expuestos á cien injusticias de esta clase. No es únicamente en China donde se ven cosas chinescas; el palacio de la calle Real posee una hermosa colección de ellas.

A estas palabras, alzóse una protesta enérgica alrededor de la mesa.

—¡Al diablo! ¡Aquí no se habla de política! Hablad de amor ó de guerra, decid bien ó mal de las mujeres, según vuestro temperamento, pero dejad pudrirse en paz la administración..... Ploerné, háblanos de las mujeres de aquel país.

—¡De las horrorosas annamitas de dientes ennegrecidos por el betel, de labios quemados por la cal!..... ¡Ah, amigos míos, no llaméis á eso mujeres!

—¡Qué diantre! Yo he conocido á algunas chinas que no eran tan despreciables..... Y en cuanto á las japonesas.....

—¡Encantadoras!—exclamó Listel.—No tienen más que un defecto, y es querer ahora vestirse á la europea. Sus negros ojos, sus pómulos salientes y su tez cobriza, eran una cosa tan linda con el amplio ropaje bordado en colores brillantes.....

—En todos los países se va perdiendo el color local. Constantinopla ya no se podrá ver dentro de diez años..... Y, gracias á los caminos de hierro, la Persia entera se vestirá pronto en la *Bella Jardinera*..... ¡Ah! Ya se conoce que estamos en la época de la nivelación general: antes de poco, el progreso nos habrá igualado á todos en lo mezquino y lo horrible.

—Ese es el porvenir reservado al mundo. Todo será mediocre. Ya no se conocerán los grandes refinamientos del lujo. Y excepto los diez ó doce millonarios que se repartirán la fortuna del mundo, nadie tendrá nada exquisito, delicado y único. El

artículo de bazar, en todo, bien acondicionado y á precio reducido: he aquí lo que nos espera. Del mismo modo que los hombres parecerán pruebas más ó menos feas sacadas del mismo modelo, tan parecidos serán, los objetos industriales, artísticos, de cualquier naturaleza que sean, serán reproducciones idénticas. Todos usarán el mismo sombrero, la misma levita, el mismo paraguas, el mismo carruaje, el mismo mobiliario. La bagatela rara, el *bibelot* precioso, la chuchería encantadora y muy cara, ya no existirán más que en las colecciones de los museos. Ya no se hará de estas cosas más que por millares á la vez, todas vaciadas en el mismo molde, fabricadas con la misma materia y el mismo color. Vamos hacia la uniformidad universal. ¡Y esto será terrible!

—¿No veis un ejemplo de eso en las construcciones modernas?—dijo el italiano con su voz sonora. Mirad los barrios nuevos que se alzan en Nápoles, en Roma..... Todas las casas son en ellos semejantes. No sólo las casas vecinas, sino las casas de París edificadas al mismo tiempo. Cinco pisos, y la misma fachada..... A menos de mirar el número, puede uno entrar en la casa del vecino creyendo entrar en la propia.

—Pues bien, amigos míos, probad este coñac—dijo el dueño de la casa con autoridad, y podréis afirmar que en ninguna otra parte lo hay semejante. ¡Es un producto exquisito y raro! Pero Listel tiene razón. Dentro de diez años ya no se le podrá beber. ¡Ya no se sabrá dónde encontrarlo!

El café perfumaba con su aroma el comedor. Un delicioso bienestar invadía á los convidados. Las flores sofocadas comenzaban á inclinarse marchitas. El humo del primer cigarrillo subía en espirales al techo. Afuera el tiempo se ponía cada vez más sombrío, y la nieve caía densa, pesada y silenciosa. Entre aquellos hombres, jóvenes todos y libres, porque allí no había más que solteros, la conversación seria al principio, después satírica, había tomado un giro galante, y ahora hablaban de mujeres Ardiente objeto de controversia, si cada cual hubiera emitido su opinión ó querido hacer triunfar sus preferencias, pero los convidados se limitaban á contar sus intrigas ó sus aventuras. Y los honores de la descripción eran para las señoritas fáciles de Tolón ó de Marsella, las actrices de segundo orden y algunas burguesas inflamables. Nada especial, nada nuevo: los clásicos amoríos de guarnición. Y, aparte el barrio en que vivía la hermosa, el color de sus ojos ó de sus cabellos, su nombre, su alegría ó su melancolía, aquello era siempre el mismo amorío, con el mismo principio y el mismo desenlace. Completamente lo mismo que en la industria.

Hablando, hablando, se habían levantado y pasado al salón. Allí, embutidos en profundos sillones, con los ojos entornados y un buen cigarro en los labios, los jóvenes se sentían mejor inclinados á las confidencias, y desde hacía una hora ninguno tenía secretos para su vecino.

Sólo Ploerné permanecía grave y escuchaba sin tomar parte en aquel coro de indiscreciones. Además de que, por su carácter, no se sentía inclinado á publicar sus buenas fortunas, como volvía de lejanos países nada tenía que contar. Examinaba con un poco de desdén á sus camaradas, ocupados en tales miserias. La austeridad de la vida que había llevado, hacía dos años, en medio de las fatigas y de los peligros sin número, le hacía

severo para aquellas futilidades de ociosos obligados á llenar así los vacíos de su existencia. No recordaba haberse parecido á ellos. Juzgábalos según sus impresiones del momento, y le invadía una tristeza infinita al sentirse tan poco en comunión de ideas con todos aquellos hombres, iguales á él, y de los que ahora se sentía tan por completo separado.

Después pensó que acaso se encontraba en su compañía por la última vez, que todo, en el porvenir, iba á alejarle de ellos, y que, por consiguiente, su penosa impresión no podía durar porque no tenía ninguna razón de ser. No supo, sin embargo, luchar contra la melancolía que le invadía de modo irresistible. Mientras que estuvo tan lejos de Francia, por las noches, sobre el puente de su barco, enfrente de la inmensidad del cielo y de la mar, no recordaba haber experimentado una sensación de aislamiento tan completo, como en medio de aquellos jóvenes que reían, bebían y fumaban, contándose sus conquistas amorosas.

Hizo un nuevo esfuerzo para sustraerse á esta impresión, y su pensamiento le llevó lejos de aquella reunión alegre, á un medio lleno de calma y de serenidad. Era no lejos de Niza, á orillas de la mar, en un recodo de la bahía de Villafranca, al pie mismo de la torre sarracena que corona la punta de Saint-Hospice: una *villa* blanca y rosada, escondida entre la verdura y las flores. Allí vivían, en una apacible soledad, tres mujeres, una de edad y dos jóvenes, esperando su vuelta, llenas de impaciencia. Su tía, la señora de Saint-Maurice, con la inquietud de no vivir bastante para volver á verle; y sus dos primas: la una, con la impaciencia de una amistad fraternal; la otra, con el ardor de una ternura prometida inalterable.

En el salón, cuyas ventanas daban al mar, veía á las tres mujeres reunidas, trabajando tranquilamente, sin sospechar que el ausente estuviera tan cerca de ellas. ¡Qué sorpresa y qué dicha cuando apareciera de improviso! Porque no debían esperar verle antes de dos meses, después de sus últimas cartas. Habiendo partido súbitamente, no había podido escribir, porque debía llegar al mismo tiempo que el correo; y en cuanto á telegrafiar, se habría guardado bien de ello, temiendo asustar á su tía, de la cual conocía el horror por esas misteriosas hojas azules que parecen ocultar siempre en sus pliegues cerrados el anuncio de una desgracia.

Y además, se quería proporcionar el egoísta placer de su alegre asombro. Sonaba la campanilla de la verja; los ladridos del perro anunciaban la llegada de un criado que venía á abrir. Y allí estaba Leila, aquella cuarterona, nodriza de su novia, traída de la isla de Francia por la señora de Saint-Maurice, y que al reconocerlo, lanzaba un grito de estupor; y la casa se animaba como por encanto. La anciana tía se asomaba á una de las ventanas, y las dos primas acudían corriendo con los brazos extendidos, los ojos llenos de alegría y la sonrisa en los labios.

¡Ah! ¡Qué cuadro tan encantador! ¿A cuál abrazaría más bien, á la amiga ó á la novia? Aquélla, cándida y franca, con la cual no tenía segunda intención ni sentía embarazo, á quien había tratado siempre como camarada; la otra, complicada y fantástica, á quien temía siempre, aun amándola, y con la que nunca sentíase en toda su libertad de espíritu. ¡Oh! Como quiera que fuere, siempre serían encantos y delicias para el desterrado que iba á volver á encontrar á la anciana tía, respetada como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

una madre, y á las dos jóvenes, una de las cuales le prometía para toda la vida una hermana encantadora y adicta, y la otra una mujer linda y adorada. ¡Cómo sentía prisa de acabar sus asuntos con sus jefes, para devorar el camino y correr hacia la casa entrevista en todos sus sueños! ¡Y cuán mezquino é inútil y bajo le parecía todo lo que no era la dicha de volver á ver á las que le preocupaban únicamente!

Se engolfaba en sus pensamientos con delicia; y estaba tan abstraído de todo lo que le rodeaba, que sólo al cabo de algún tiempo volvió, casi con sorpresa, á darse cuenta de las cosas exteriores. Parecióle que se despertaba de un sueño demasiado largo, durante el cual había estado bajo el encanto de deliciosas imágenes. La voz del marqués italiano, cantante y matizada, llegó á su oído. Girani, con toda clase de precauciones y de reticencias, comenzaba el relato de una aventura de amor. Sus compañeros le habían dado broma con su mutismo, cuando todos se entregaban á las confidencias, acaso á las habladurías. Pero él no había respondido al pronto á sus vivas exhortaciones. Su rostro seguía impenetrable, sin poder, sin embargo, disimular una sonrisa que llevó al más alto punto la curiosidad de los asistentes.

—¡Ah! Sois muy reservado, marqués: estoy seguro de que de todos nosotros sois el más favorecido. Buen mozo como sois, rico, libre, ¡vaya! debéis de tener mucha suerte con las mujeres..... En este momento tenéis todo el aire de un hombre que saborea una secreta dicha.....

Girani seguía callado y, sin embargo, el brillo de su mirada, la palpitación de sus labios, su rostro radiante, eran las más elocuentes de las confe-

siones. Los otros, empeñados en saber lo que quería callar, le apremiaban. ¿No podía contar su aventura, sin dar á conocer á su seductora heroina? ¡Porque ésta debía ser encantadora, no cabía duda!

—¡Oh, sí, encantadora—dejó escapar el marqués.

Una exclamación general acogió esta frase imprudente; y ya en la pendiente de la indiscreción, el italiano dejó irse á su lengua. Ahora contaba ya su novelesca intriga, y todos estaban silenciosos, atentos, cautivados, algo celosos. Fué en Mónaco, visitando el palacio del príncipe, donde había encontrado á la que adoraba, acompañada de otra joven y de una señora anciana. Nada más honesto que el aspecto de aquellas niñas, bajo la vigilancia de su parienta. Se había apartado discretamente, pero siguiéndolas de lejos, seducido por su gracia decente y su candorosa alegría. Durante una hora las había seguido así, escuchando sus reflexiones, sus observaciones, sus preguntas al conserje que las guiaba, embriagándose con su encanto y no sabiendo cuál le gustaba más, si la morena ó la rubia. Porque de las dos jóvenes la una era rubia y la otra morena.

Ellas no parecían ni siquiera haber notado su presencia, y si, para bajar una escalera oscura y difícil, no hubiera ofrecido el apoyo de su mano á la anciana señora, sin duda que no habrían advertido su presencia las dos encantadoras turistas. Al llegar al patio se volvieron y le dieron las gracias con una sencilla sonrisa. A la puerta del palacio subieron á un landó bien enganchado, y tomaron el camino de la Condamina.

El se había quedado en Monte-Carlo con los